6-30-2014

Las calmadas apariencias engañan

Alexander Besú Guevara

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.usf.edu/surcosur>

Recommended Citation

Besú Guevara, Alexander. 2014. Las calmadas apariencias engañan. *Revista Surco Sur*, Vol. 4: Iss. 7, 54-55.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.4.7.13>

Available at: <https://digitalcommons.usf.edu/surcosur/vol4/iss7/14>

This NUBES DE PLATA is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Digital Commons @ University of South Florida. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Digital Commons @ University of South Florida. For more information, please contact digitalcommons@usf.edu.

LAS CALMADAS APARIENCIAS ENGAÑAN

La poesía frenética no puede, al menos por mucho tiempo, aparentar un sosiego inofensivo sin que sea descubierto su verdadero y enardecido temperamento. La simulada quietud es demasiado frágil, y se romperá fácilmente ante el estallido subitáneo de la palabra estridente y plena de contundencias. Así es la poesía de Alejandro Ponce. Una poesía rauda, acechadora, con instinto predador. Un animal atávico, cazador de imágenes, de alegorías, de representaciones; una criatura que aunque se esfuerce en remedar un letargo tautológico, terminará delatado por su propia nervadura comunicativa, por su naturaleza delirante.

Alejandro Ponce, (Manzanillo, Cuba, 1974), es un acopiador de méritos: es poeta y editor. Miembro de la A.H.S y de la UNEAC. Se cuenta entre las voces más fornidas dentro de la poesía joven cubana. Un estatus intelectual avalado por numerosos y significativos premios como por ejemplo el IV Premio Internacional de Poesía Nosside-Caribe en 2003, el Premio-Beca Dador en 2004, la

Primera Mención del Premio UNEAC Julián del Casal en 2007, la Beca de Creación Prometeo del XIII Premio de Poesía La Gaceta de Cuba, el Premio Nacional Alcorta, entre otros.

Las calmas aparentes, un fruto literario nacido bajo el sello editorial manzanillero Orto, es un libro de irrefrenable incontinencia, de irreverentes ímpetus. Este libro alcanzó para su autor el Premio Nacional Manuel Navarro Luna en el año 2007, un importante galardón que ya había sido ganado por Ponce en 2001.

Detrás de una nostalgia de ilusoria mansedumbre donde Alejandro evoca lejanos bares, costuras filiales, cartones organilleros troquelados, moteles de mala muerte, trazas de lujuria, oscuridades cinematográficas, días de inciertos recuerdos y otros rescoldos existencialistas, hay un bastimento de antiguas rabias, de dolores contumaces del pasado que

golpean las sienes una y otra vez con insistencia de ariete. Detrás de la dócil exposición de sucesos vivenciales o de sentimientos postizos generados por las artificiosas urgencias literarias, hay una sentina rebosante de íntimas y humanas podredumbres que traicionarán el disfraz somnoliento y vociferarán sus líricas desgarraduras hasta hacerse oír por el desentendido mundo.

Con una poesía de camuflaje sereno, Ponce devela axiomas lapidarios desde una perspectiva franca y sin pavoneos retóricos, donde el lenguaje ejerce su majestad documental y su abolengo ilustrativo para mostrarnos todos los derrubios interiores y exteriores del autor y su ciudad, respectivamente. A estas bondades, súmesele un poco de ayuda proveniente de las relaciones transtextuales. El libro absorbe otras enunciaciones y dialoga con otras voces -o las alude- en un balanceo intertextual en el fiel de una evidente polifonía -reanimado palimpsesto- que oscila de Lezama Lima a Hernández Novás; de José María Rilke a Ángel Escobar; de Ezra Pound a Eliseo Diego; de Friedrich Nietzsche a Virgilio Piñera; de El Talmud y sus tres libros judaicos: La Toráh, La Mishná y La Guemará a la tropical Plegaria del Náufrago. Todo un comercio erudito con pensadores geniales que le asegura réditos cultos al poemario, y al autor le consume su condición de hombre. José Martí lo dijo infaliblemente: El comercio intelectual ennoblece. El hombre ignorante, no ha empezado a ser hombre.

Dice Sigfredo Ariel en una reseña digital hecha a este libro, que está seguro de que Alejandro Ponce va a ser leído por un grupo cada vez mayor de personas, que nadie lo va a impedir, que escribirá cada vez mejor porque es de los escritores sin mojigatería, de los que saben que no hay tema o cosa alguna que no quepa sin empujón en poesía, si se hace con honradez y la ventaja del oficio.

Yo secundo este augurio sin vacilaciones y sin óbices. A un poeta que cuenta con ese arsenal de osadías, capaz de llevar sin titubeos puritanos a planos líricos la coprofagia y otros argumentos fecales, la mirada agria de los sirgadores, las suciedades de antros y tascas, la tristeza coagulada en tantos rostros, en fin, los efluvios albañales del alma humana; y lo hace desenfadadamente, hasta lograr que suene bello, no puede esperarlo otra cosa que una atención cada vez más extendida. Sus entregas anteriores, *Oscuros de fuego* (Plaquette, 1992) y el cuaderno *Ius potliminii* (2002), son jalonamientos motivacionales, balizas semióticas que advierten la progresión y solidez de estos símbolos que conforman el universo temático-afectivo de la poética de Alejandro, consumados en *Las calmas aparentes*.

De los autores como éste hay que desconfiar cuando se ocultan en la bonanza, eso anuncia un aluvión de ideas, eso sólo ocurre en vísperas de un enjundioso discurso. Y la prueba es este libro. Es la evidencia de que las calmadas apariencias engañan. Debajo de tanta paz subyace una poesía de hambrienta embestida, de elocuente ferocidad. Su polisémica mordedura es inevitable. No se engañen, no. Este no es un poemario pacífico. Este libro es un escualo.